

«O, limitado y pasajero concibo lo infinito y lo inmutable, y por esto no puedo comprenderme á mí mismo, lo abrazo todo y no soy nada porque soy la nada que conoce el infinito; me faltan las palabras para admirarme y despreciarme al mismo tiempo. ¡Oh Dios! ¡Ser de los Seres! ¡Oh Ser en cuya presencia soy como si no fuera! os manifestais á mí, y no puedo equivocarme porque no hay nada que se os parezca. Yo os veo, y ese resplandor que despiende vuestro rostro alimenta mi corazón hasta que llega el día de la verdad.

«Yo me pregunto ¿por qué Dios nos ha dado esta capacidad para conocerle y amarle? Esta capacidad es el mas precioso de todos sus dones. ¿Nos la habrá concedido ciegamente y sin razón alguna, por pura casualidad, sin querer que usemos de ella? Dios nos ha puesto los ojos en la cara para ver la luz del día; ¿y podemos creer que nos ha dado los ojos del alma, capaces de conocer su eterna verdad, sin querer que la conozcamos? Al mismo tiempo confieso que no podemos conocer ni amar infinitamente la perfección absoluta, y que nuestro mas perfecto conocimiento será siempre infinitamente imperfecto, en comparación del ser infinitamente perfecto.

«En una palabra, podemos conocer á Dios, pero no comprenderle; le conocemos de tal modo que le distinguimos de todo lo que no es él, y le atribuimos las perfecciones que le convienen sin temor de equivocarnos. No hay ser alguno en la naturaleza á quien confundamos con Dios, y sabemos representarle con su carácter infinito que es único é incommunicable; y debemos conocerle muy distintamente cuando la claridad de la idea que nos hemos formado de él nos hace preferirle á nosotros mismos, porque debe ser muy poderosa una idea que no se detiene en destronar al yo en el hombre, ciego é idólatra de sí mismo. Nunca idea alguna ha sido tan combatida como esta; pero nunca tampoco idea alguna ha conseguido tantos triunfos. Juzguemos de su verdad por la persuasión que infunde en nosotros.

«Nosotros formamos el libro que lleva impreso el sello de la Divinidad, puesto que por él hemos aprendido á conocer y á amar al verdadero Dios; y Dios habla en él como un Dios cuando nos dice: *Yo soy el que soy*: en ningún otro libro se ha pintado á Dios de una manera tan exacta y digna de él. Los dioses de Homero son el oprobio y la irrisión de la Divinidad. El libro que tenemos en nuestras manos, despues de haber manifestado á Dios tal como es, nos enseña el único culto digno de él. No se trata ya de apaciguarle con la sangre de las víctimas, debemos amarle mas que á nosotros mismos, y amarnos á nosotros solo por él; renunciar á todo y preferirle á él, desterrar con su amor todos nuestros vicios, y ejercitar las virtudes todas. El hombre no hubiese nunca

podido imaginarse un trastorno tal en su corazón, nunca hubiera inventado una religion que no le deja ni aun el pensamiento y la voluntad, y que le hace ser enteramente de otro. Y aun cuando se le propone esta religion como la mas suprema autoridad, su espíritu no puede concebirla, su voluntad se resiste, y todo él se violenta; lo que no debe maravillarnos porque se trata de abandonar nuestro amor propio, de romper este ídolo, de crear un hombre nuevo y colocar á Dios en lugar del suyo, para que sea la fuente de nuestro amor...

«Dios ha colocado á los hombres en sociedad para que se amen y se auxilien unos á otros como hijos de una misma familia y que tienen un padre comun: cada nacion es una rama de esa familia numerosa que cubre la faz de la tierra. El amor que deben tener todos sus amados hijos á Dios debe ser sensible, manifiesto y eterno, y cada uno debe decir á aquellos á quien dé el ser: Conoced y amad sobre todas las cosas á Dios que es nuestro padre.

«... Los hijos de Dios no tienen mas objeto en la tierra que conocer su perfección, cumplir su voluntad y comunicarse mutuamente este conocimiento y este celeste amor.

«... Debe tributarse entre ellos un culto á Dios, que es lo que se llama religion: es decir, todos los hombres deben instruirse, edificarse, amarse unos á otros para amar y ensalzar al Padre comun. El fondo de esta religion no consiste en el conocimiento de la verdad en el deseo del bien supremo.

«... Pero no basta conocer á Dios, es preciso dar á entender que le conocemos y hacer de manera que ninguno de nuestros hermanos tenga la desgracia de no comprenderle ó ignorarle. Los actos exteriores del culto no son mas que signos por medio de los cuales se edifican mutuamente los hombres y despiertan unos en otros el recuerdo del culto interno. Ademas los hombres débiles y volubles necesitan esos signos sensibles para no olvidar que están en la presencia del Dios invisible á quien deben amar.

«Esto es lo que llamamos religion, ceremonias sagradas, culto público del Dios que nos ha criado. El género humano no podría reconocer y amar á su Criador sin manifestar que le ama, sin manifestar este amor de un modo proporcionado á quien ama, y en fin sin excitar el amor por los mismos signos del amor.»

## XIII.

La decision del papa sobre el libro de las *Máximas* se dilataba; y Fenelon envió á Roma al abate Chanterac, uno de sus mas apasionados discípulos, para que le defendiese de las acusaciones de Paris. Mientras que la corte pon-

tificia deliberaba con la prudente lentitud que la caracteriza, continuaba en Francia una disputa animada entre Bossuet y Fenelon.

«¿Qué podré yo pensar respecto de vuestras intenciones? decía Fenelon á Bossuet. Yo soy aquel amigo querido á quien llevais en vuestro corazón; me vais compadeciendo por todas partes, y al mismo tiempo que me compadecéis me despedazais. ¿Qué podré pensar de esas lágrimas que solo sirven para dar mas autoridad á vuestras acusaciones? ¿Me compadecéis, llorais por mí, y alterais el sentido y el testo de mis palabras...?»

«¿Quién ha dado principio al escándalo? ¿Quién ha escrito con un celo mas amargo? ¿Y os indignais de que no me calle cuando estais intentando contra mí las acusaciones mas terribles?»

«Si, con dolor confieso, respondia Bossuet, habeis querido hacer investigaciones sutilísimas sobre la santidad, y habeis creído que solo es digna de vos la hermosura de Dios por sí misma, ¿Y os quejais de la fuerza de mis espresiones cuando se trata de dogmas nuevos que se quieren introducir en la Iglesia? ¿Y por eso se llama mi lenguaje excesivo, ágrío, riguroso y estremado! Pues que ¿deberia yo dejar pasar una doctrina que se presenta inocentemente sin despertar contra ella el odio, dejarla que se deslizase bajo la yerba y relajar con esta debilidad el rigor del lenguaje teológico?... Si otra cosa he hecho, manifestádmela, pero si no he hecho mas, Dios será mi protector y me defenderá de las vanas complacencias y de los cumplimientos del mundo.

«Escribid cuantas cartas querais; entretened á la corte y al pueblo; haced que admiraren vuestro talento y vuestra elocuencia; volvednos á la época de las *Cartas provinciales*. Yo no quiero tomar parte en el espectáculo que dais al público.»

«¡Somos, vos y yo, contestaba Fenelon, objeto de la risa de los impíos y de las lágrimas de los creyentes! Nada de extraño tiene que hagan esto los hombres; pero que los ministros de Jesucristo, los ángeles de la Iglesia den al mundo profano é incrédulo tal espectáculo es una cosa que pide lágrimas de sangre. ¡Cuán felices seríamos si en vez de disputar sobre la doctrina, estuviésemos componiendo catecismos en nuestras diócesis para enseñar á los pobres aldeanos á conocer y amar á Dios!»

## XIV.

Tambien Bossuet habia enviado por su parte á Roma á un sobrino suyo, el abate Bossuet, que solo tenia del genio de su tío la audacia

para solicitar los anatemas de la Iglesia contra Fenelon: este jóven sacerdote no cesaba de derramar calumnias sobre las doctrinas y el carácter de Fenelon.

«Apresuraos, escribia á su tío, ¿qué esperais para quitar á Fenelon el título de preceptor del príncipe? No titubeis en enviar aquí todo lo que pueda dar á conocer la inclinación de Mr. de Cambray por Mad. Guyon y por el padre Lacombe, y su doctrina sobre las costumbres; esto es de la mayor importancia... Mucho me ha gustado el librito (odiosa calumnia impresa en Holanda), aquí es muy nombrado, y producirá un efecto terrible contra él.»

Este futuro jansenista llevaba el odio de secta y de familia hasta decir de Fenelon en su correspondencia: *¡Esa bestia feroz!*

En este tiempo la calumnia en Roma y en Paris encendia la animosidad, tomando por objeto la corrupcion de costumbres de Madame Guyon, á fin de que esta corrupcion recayese no solo sobre la doctrina, sino tambien sobre la virtud del arzobispo de Cambray.

El religioso Lacombe, encerrado en los calabozos del castillo de Lourdes en los Pirineos, tenia debilitada y estraviada la cabeza á causa del aislamiento en que se encontraba, y habia concluido por escribir al obispo de Tarbes, cartas en las que parecia confesar relaciones culpables con Mad. Guyon. En el momento que se supieron en Paris estas declaraciones de un espíritu delirante, se mandó trasladar al religioso al castillo de Vincennes, y allí escribió, bajo la insinuación ó bajo el temor, una carta á Mad. Guyon, en que la exhortaba como su cómplice á confesar sus extravíos y á arrepentirse.

El cardenal de Noailles, arzobispo de Paris, leyó esta carta á Mad. Guyon, y la intimó á que confesase los pecados declarados por el religioso; irritóse ella contra tal perfidia; sospechó que el religioso estaba loco, y que se abusaba de la locura de un prisionero en contra de ella y de Fenelon. Pero su indignación la fué imputada como un crimen. Traslada á la Bastilla con objeto de tenerla en mayor cautividad, persistió en su inocencia y en su suplicio. Estas cartas, sin embargo, fueron enviadas al momento á Roma para que deshonasen al que querian perder.

El cardenal de Noailles, Bossuet y Mad. de Maintenon, creyendo los delirios de un insensato, no dudaron ya del crimen entre el religioso y Mad. Guyon. «Estas cartas, escribia el abate Bossuet á su tío, harán mas impresion que veinte demostraciones teológicas. Estos son los argumentos que necesitamos.» La demencia del religioso no tardó en declararse; encerrósele en una jaula de locos, donde murió delirando. Conocióse entonces que Fenelon no habia visto jamás á este religioso, ni habia tenido nunca correspondencia con él.

## XV.

Para vengar esta decepcion se espulsó á todos los amigos de Fenelon de la corte del Duque de Borgoña. Bossuet publicó una relacion sobre el *quietismo*, en que aun las cosas mas pequeñas se miraban como muy graves en contra de sus sectarios. Fenelon queria guardar silencio, temiendo arrastrar en su ruina al duque de Beauvillers, su único amigo cerca de su discípulo; pero las instancias de su representante en Roma le obligaron á contestar. Su respuesta ganó y conmovió los corazones.

El contraste entre la dureza de Bossuet y la reserva prudente del acusado, brilla á los ojos de la opinion. «¿Podeis comparar, dice Fenelon al fin de su respuesta, vuestra conducta con la mia? Cuando publicais mis cartas lo haceis con objeto de difamarme; cuando yo publico las vuestras lo hago para manifestar que sois mi *consagrante*. Violais el secreto de mis cartas particulares para perderme, y yo me sirvo de las vuestras, no para acusaros, sino para defender mi inocencia acusada. Las cartas mías que publicais son aquellas que contienen lo que hay de mas secreto en mi vida despues de la confesion, que me hacen, segun vos, el *Montano* de una nueva *Priscila* (1). ¡Ah! ¿Por qué buscáis tanta gloria en mi perdicion? ¿Quién no se asombrará de que se abuse del talento y de la elocuencia hasta comparar una defensa tan inocente, tan legítima y tan necesaria, con una revelacion de los secretos de un amigo?»

«Conocióse desgraciadamente, dice el contemporáneo d'Aguesseau, que uno de estos dos ilustres adversarios no decia verdad, y lo cierto es que Fenelon á lo menos supo inspirar mas verosimilitud en el ánimo del público.»

«¿Qué, le contesto con talento? dijo Bossuet al leer esta defensa; él le tiene en tan alto grado que me causa miedo. Su desgracia consiste en haberse encargado de una causa en que tanto le ha menester.»

Fenelon manifestó en aquella crisis de su vida, que su corazon era superior á su talento.

## TERCERA PARTE.

## I.

Sin embargo, la condenacion del libro de

(1) Falsa profetisa que siguió al heresiarca Montano.

las *Máximas* no se publicaba. Roma dudaba: el papa Inocencio XII disimulaba muy mal la conviccion secreta que tenia de la inocencia de Fenelon, de la pureza de sus costumbres y del encanto de su virtud; los cardenales encargados de examinar su libro estaban divididos en igual número; pero intervinieron Bossuet y Luis XIV, y decidieron por medio de una carta exigente al soberano pontífice.

«Veo con dolor, decia el rey al papa, que se retarda una sentencia tan necesaria por el artificio de los que tienen interés en suspenderla. Solo podemos esperar la tranquilidad de una decision clara y terminante, que no pueda recibir interpretacion alguna ambigua, para cortar de raiz el mal. Os pido esta decision por vuestra propia gloria, y ademas de los grandes motivos que os deben determinar á hacerlo, creo que servirá de algo que yo os lo suplique, etc.»

Al mismo tiempo que esta reconvencion al papa partia acompañada de otra mas severa al embajador del rey en Roma, Luis XIV, condenando por si mismo, borraba con sus propias manos de entre los empleados de la casa del duque de Borgoña, el nombre de Fenelon, su preceptor, suprimia su sueldo y mandaba cerrar su habitacion en Versalles.

Privado de sus honores y desterrado de palacio, Fenelon no tardó mucho en conocer que una sentencia eclesiástica iba á herirle en su carácter sacerdotal. «Señor, salvadnos, porque estamos pereciendo, le escribia desde Roma su fiel amigo el abate Chanterac. Pero nuestros padecimientos serán gloriosos si sirven para defender el verdadero amor de Dios ¡Qué placer tengo al pensar que estaremos unidos por una eternidad! ¡Cuántas veces me digo en estos terribles dias de turbaciones y tinieblas: ¡VAMOS, MURAMOS CON EL!»

«Si, muramos en nuestra inocencia, le respondió Fenelon. Si Dios no quiere servirse de mi como sacerdote, no pensaré mas que en amarle en toda mi vida ya que no pueda hacer que le amen los demas.»

Llegó al mismo tiempo á sus oidos la noticia de la muerte de Mad. Guyon en la Bastilla, falso rumor que se estendió, y Fenelon, creyéndole verdad, escribió. «He sabido que Mad. Guyon ha muerto en la Bastilla, y debo decir despues de su muerte lo que he dicho durante su vida: que no he encontrado en ella nada que me haya edificado en gran manera. Fué un ángel de tinieblas, y no podré decir lo que me ha parecido en la tierra. Seria una cobardía horrible hablar ahora ambiguamente para sacarme á mi mismo de mi compromiso.»

## II.

Por fin la condenacion obtenida tan á duras penas de la justicia y bondad de Inocencio XII

llegó á París con los gritos de alegría de los enemigos de Fenelon en Roma. «Ahí os enviaremos la piel del leon que tanto trabajo nos ha costado sujetar, escribieron, y que ha asombrado al mundo con sus rugidos por espacio de tanto tiempo.»

Cuando Fenelon recibió esta noticia iba á subir al púlpito á predicar sobre un asunto que tenia meditado dias antes, y no tuvo tiempo para cambiar una sola palabra con su hermano, que quiso comunicarle tan triste nueva para que le causase menos impresion. Nadie observó la menor alteracion en su rostro; arrodillóse solamente un momento, llevóse las manos á la frente, y levantándose con su serenidad acostumbrada, olvidó lo que tenia pensado decir, y habló con santa uncion de la sumision ciega y sin reserva, debida en todas las circunstancias de la vida á la autoridad legítima de los superiores.

Su condenacion, sin embargo, corria de boca en boca en la catedral, haciendo que todos le admirasen, y escitando las lágrimas su resignacion; el rebaño habia sido ofendido al mismo tiempo que el pastor. Solo él se sentia consolado y curado por la misma mano que acababa de condenarle, porque su dolor no provenia del orgullo, y si de la incertidumbre de su conciencia. La autoridad que reconocia, librándole de esta incertidumbre le libraba de su angustia, porque habia puesto su conciencia á disposicion de la Iglesia, y habiendo hablado esta, creyó oír la voz de Dios, y se inclinó acatando la sentencia.

«La autoridad ha descargado mi conciencia, escribia en la tarde de aquel mismo dia, y ya no debo hacer mas que humillarme, callarme y llevar en silencio mi humillacion. ¿Me atreveré á decir que me encuentro en un estado que lleva consigo mismo el consuelo para un hombre justo que no tiene que ver nada con el mundo? Muy costoso es sin duda humillarse; pero la menor resistencia costaria cien veces mas á mi corazon.»

Al dia siguiente dió una declaracion á sus diocesanos en que se acusaba de los errores contenidos en el libro de las *Máximas*. «Nos consolaremos, decia en esta declaracion, que es el acto mas cristiano de su vida, nos consolaremos de nuestra humillacion con tal que no se debilite el ministerio de la palabra que hemos recibido del Señor para vuestra salvacion, y que la humillacion del pastor sea útil al rebaño.»

Y sin embargo, estas palabras han sido interpretadas, aun viviendo Fenelon, por sus enemigos, como el sacrificio de su orgullo de obispo á su orgullo de hombre político, y han visto en ellas un pretesto para separarse de sus cómplices, un paso dado para reconciliarse con el rey á costa de su conciencia, una retractacion baja y disimulada de sus opiniones religiosas, que guardaba intactas en su corazon, pero que condenaba por política. Pero la

imparcialidad le absuelve de semejantes calumnias: si Fenelon hubiese tenido ambicion mundana y hubiese usado del disimulo para abandonar unas creencias que repugnaban al rey y á la corte, hubiera cuidado mucho de no manifestarlas delante del rey y de la corte, previendo la desgracia y el destierro que sufrió. Hacia algunos años que el descrédito le perseguia y no hubiera aguardado el fin de su martirio para renegar de su fé. La verdad es que defendió su filosofia trascendente y su piedad etérea mientras que solo fueron condenadas por el rey y el mundo, pero que en el momento en que decidió la autoridad eclesiástica sacrificó sin dudar un solo instante á su deber lo que no habia querido sacrificar á su ambicion.

Es creíble que la sentencia de Roma no borró del fondo de su corazon aquellas sublimes convicciones sobre el amor desinteresado y absoluto de Dios, no creyéndose engañado en lo que sentia, sino extraviado en lo que habia escrito; y creyendo sobre todo que la Iglesia queria que se guardase silencio sobre sutilezas que podian turbar los ánimos y embarazar su gobierno, y asi se sometió á este silencio con humildad y de buena fé.

## III.

Esta humildad y este silencio que edificaron al mundo, irritaron mas á sus enemigos. Habian buscado un heresiarca á quien destruir, y Fenelon les presentaba una víctima que admirar.

«Muy extraño es, dice Bossuet, que Fenelon, tan sensible á su humillacion, lo sea tan poco á su error. Quiere que todo se olvide menos lo que le honra. Esto solo lo hace un hombre que quiere ponerse á cubierto de las decisiones romanas sin tener ninguna buena intencion.»

El talento de Bossuet no sirvió en esta ocasion mas que para ilustrar el odio que llevó hasta el sepulcro. Su triunfo no precedió mucho á su muerte. «He llorado por él delante de Dios y he orado por el maestro de mis primeros años, escribia entonces Fenelon, pero es falso que haya hecho celebrar sus exequias en mi catedral y que haya pronunciado su oracion fúnebre. Semejante hipocresía no es para mí.»

La persecucion de Bossuet contra el mas afectuoso de sus discípulos es una mancha que empaña su memoria. Nada queda impune aun en la tierra.

El entusiasmo y celo por la unidad de la fé en el sacerdote, no escusa la crueldad del teólogo en la disputa. Bossuet era un profeta bíblico, Fenelon un apóstol del Evangelio; el pri-

mero estaba personificado en el terror, el otro en la caridad. Todos envidiaban á Bossuet como escritor, pero ¿quién le envidiará como hombre? La espiación de los hombres superiores consiste en no ser amados despues de su muerte en su gloria.

Madama Guyon, causa de todo, salió de Vincennes despues de la muerte de Bossuet y vivió retirada en Lorena con una de sus hijas, y allí murió despues de algun tiempo con una fama de piadosa y virtuosa no desmentida, y que justifica la estimacion de Fenelon.

## IV.

Parecía que todo se había pacificado y que Fenelon podía prometerse volver cerca de su discípulo el duque de Borgoña, cuando la infidelidad de un copista que entregó á los impresores de Holanda un manuscrito del Telémaco volvió á hacer caer á Fenelon en la animadversión de la corte y en la cólera del rey. El Telémaco, publicado de este modo, estalló como una revelacion y corrió con la rapidez del rayo. La época necesitaba este libro; los cambios de la gloria, de la tiranía, de la servidumbre y de las desgracias de los pueblos despues de las guerras de Luis XIV habían infundido en todos los ánimos un presentimiento de la doctrina es-tendida en el Telémaco. En efecto, este poema era la venganza de los pueblos, la lección de los reyes y la inauguracion de la filosofía y la religion en la política; presentándose en él la verdad y aun la ilusion revestidas de una poesía deslumbradora y armoniosa.

La dulce voz de aquel prelado legislador y poeta que acaba de instruir, consolar y encantar al mundo, resonó y encontró eco en todas partes. Las prensas de Holanda, Bélgica, Alemania, Francia é Inglaterra no eran bastantes para multiplicar los ejemplares segun la avidéz con que se leía aquel libro, que fué por espacio de algun tiempo el evangelio de la imaginacion, y clásico desde su publicacion.

El rey llegó á saberlo: y sus cortesanos, mostrándole su imagen en el débil y duro *Idomeneo*, azote de los pueblos, le dijeron «que el que hacia de él semejante retrato debía ser su enemigo» Vieron una sátira sangrienta de los príncipes y del gobierno en las narraciones y teorías del pagano, y la malignidad pública se complació en ver al rey, á los príncipes, á los ministros, á los favoritos y favoritas en los personajes que Fenelon había puesto en sus cuadros; y estas pinturas, hechas en el palacio de Versalles, bajo los auspicios de la confianza que el rey había puesto en el preceptor de su heredero, aparecieron como una traicion doméstica.

Los hermosos pensamientos de Fenelon en

contraste con las sombrías realidades de la corte y la tristeza de un reinado que camina á su fin, se levantaron como otras tantas acusaciones contra la monarquía. La temeridad, la perversidad y la ingratitude fueron imputadas á la imaginacion de un poeta que no había hecho mas mal que pensar y pintar una cosa mas bella que la realidad. La antipatia natural que Luis XIV tenía á Fenelon, se convirtió en indignacion y resentimiento. Cuando comparamos el reinado y el poema no podemos ni asombrarnos ni acusar al rey, porque tal libro escrito á la sombra de palacio y publicado sin noticia del rey, parecia, en efecto, la mas sangrienta sátira y el mas cruel ultraje á la confianza íntima y á la magestad del soberano. Sin embargo, Fenelon no abrigaba en su corazon al escribirle las siniestras alusiones, y las ingratas denuncias que se le atribuian; habiase entregado inocentemente á su imaginacion que lo coloraba todo, aun á los gobiernos con su perfeccion moral, su candor y su amor á la humanidad, y había querido preparar en silencio para su discípulo un modelo de príncipe y de legislacion. No era culpa suya, si el esplendor de la virtud brillando en sus interlocutores y sus personajes oscurecia el reinado arbitrario, soberbio y cruel del rey. El temor de estas alusiones le había obligado á tener oculto como un misterio el Telémaco entre él y su discípulo, no pensando nunca que le produjese gloria, y reservándole para la instruccion del que había de subir mas tarde al trono. Nunca se había gozado en la publicacion de sus escritos; los había escrito solamente para reducidos círculos amistosos, de donde no habían salido nunca sino por su fama.

Así había escrito el Telémaco, poema que segun creía no debía publicarse hasta la muerte de Luis XIV; había sido escrito en su gabinete y de su propia letra, y copiado despues por una persona á quien creía fiel, pensando dejarle despues de su muerte á su familia para que obrase segun las circunstancias. Por estas razones, y porque conocia que su publicacion le condenaria á un destierro perpétuo y le haría enemigo de la corte, que no le perdonaria nunca, le causó aquella tanta sorpresa como dolor.

Y no se engañaba: la oposicion de la corte fué instantánea, porque conoció el mal que mas tarde la había de causar este libro, y quiso ocultar el terror bajo el desprecio.

«El libro de Fenelon, dijo Bossuet, que vivia aun cuando principió á circular, es una novela que divide los ánimos; los intrigantes le admiran, pero los demas le consideran

como un juego muy poco digno de un sacerdote.»

«No me cuidó de leer el Telémaco,» escribia Mad. de Maintenon. El rey, que leia poco, no quiso leerle; pensaron olvidarle con el silencio, y así convinieron en Versalles en no pronunciar su título delante del rey, porque este creía que nadie se acordaba ya de tal libro porque él le había olvidado. Diez y seis años despues, que el Telémaco inundaba la Europa traducido á todas las lenguas, hablando la Academia francesa de las obras literarias contemporáneas, guardaba silencio respecto del libro que admiraba su siglo y la posteridad.

Tal encarnamiento por parte de la corte asombraba al duque de Borgoña, que se interesaba cada vez mas por su maestro, viendo la injusticia y la adversidad que le perseguia; y para evitar la tiranía de su abuelo, se veia obligado á ocultar su amistad con Fenelon y su rara correspondencia con él como un crimen de Estado.

«En fin, le escribió el jóven príncipe, encuentro una ocasion de romper el silencio que he tenido que guardar por espacio de cuatro años. Muchos males he sufrido; pero uno de los mayores ha sido no poder decir lo que sentia por vos en este tiempo, y que mi amistad aumentaba en vez de disminuir con vuestras desgracias. No dejo de pensar cuando os veré, pero creo que no será pronto... Continuó estudiando solo, y en el estudio encuentro mas placer que nunca; la filosofía y la moral, sobre todo, me gustan mucho; no me canso de reflexionar sobre ellas, y he escrito unos cuadernos que me alegraría poder enviaros para que los corrigiéseis... No os diré cuánto siento todo lo que han hecho con vos... pero debemos callar y someternos... No enseñeis esta carta á nadie mas que al abate Langeron, porque estoy seguro de su fidelidad, y no me contesteis...»

Fenelon contestaba alguna que otra vez, dándole consejos como hombre piadoso y como político, llenos de unción y una ternura paternal. Su único consuelo estaba en aquel sitio retirado del palacio de Versalles donde había dejado su corazon, y donde volvía á encontrarle en el discípulo que debía sacarle de su afliccion algun dia.

«No os hablo mas que de Dios y de vos,» escribia, no se trata de mí, porque gracias al Señor, tengo mi corazon tranquilo. La pena mas grande que me aflige es la de no poder veros; pero os llevo continuamente delante de Dios, en una presencia mas verdadera que la de los sentidos. Mil vidas daría como una gota de agua por veros así como Dios os ve.»

El duque de Borgoña, cuando fué á tomar el mando del ejército de Flandes en la campaña de 1708, pasó por Cambray.

«Menos preocupado le tenía al rey, dice Saint-Simon, el mando que acababa de tomar su nieto, que la necesidad de que pasase por

Cambray, que no se podía evitar sin una afectacion ridicula. Al despedirse le prohibió severamente, no solo que biciese noche allí, sino que se detuviese para comer; y para evitar la mas corta entrevista con el arzobispo, le prohibió también salir de su carruaje, dando orden á Saumery para que cuidase del cumplimiento de aquellos mandatos; y los hizo observar en Argus con una autoridad que escandalizó á todo el mundo. El arzobispo estaba en la casa de postas, y se aproximó al carruaje de su discípulo así que llegó; pero Saumery, que le había comunicado ya las órdenes que traía, fué á pie á su lado sin separarse un solo momento. El príncipe conmovió á la multitud que le rodeaba con la alegría que le manifestó, aunque obligado á contentarla al ver á su maestro. Le abrazó repetidas veces, y el ardor de sus miradas suplieron lo que el rey había prohibido, y tuvieron tal elocuencia que ganaron todos los corazones. Se mudaron solo los caballos, pero sin mucha prisa; se abrazaron nuevamente y partió el príncipe. La entrevista había sido demasiado pública é interesante para que no se hablara de ella en todas partes; y como el rey había sido obedecido exactamente, no pudo chocar con lo que se hubieran podido decir en sus miradas; pero la corte fijó mucho la atencion en aquella entrevista, y principalmente el ejército. La consideracion que el arzobispo se había granjeado, á pesar de su desgracia, en su diócesis y en los Países Bajos, se comunicó al ejército, y los que se cuidaban del porvenir, tomaron despues el camino de Cambray mejor que otro cualquiera para ir ó venir de Flandes.»

## VI.

Fenelon debe ser admirado sobre todo en Cambray, en los tristes años en que, coligada la Europa, hacia espiar á Luis XIV las grandes prosperidades y la gloria de su reinado. Mirando á lo pasado, la posteridad no encuentra nada mas bello, mas sencillo, mas desinteresado, mas prudente, mas respetable ni respetado que este hombre tan amable cumpliendo sus deberes. El sacerdote, el obispo, el administrador, el amigo, el ciudadano, estaban fielmente representados en Fenelon, con todos los nobles sentimientos que adornan la naturaleza humana. En medio de la guerra desgraciada que asoló su diócesis, Fenelon se presenta como una personificacion de la caridad; su nombre es bendecido, porque á medida que aumenta la miseria aumenta también su celo y caridad. Divúlganse sus beneficios á su alrededor como para tomar parte en ellos y ayudarle á soportar la desgracia; conmuevense los